

Un legado para la crisis

Enrique Krauze

Los amigos que dejó al morir Daniel Cosío Villegas compartimos tres modos naturales de recordarlo: un respeto que no condesciende a la veneración, un anecdotario del que siempre es posible extraer la moraleja pertinente, y —sobre todo en los últimos años— una inclinación a confirmar el cumplimiento puntual de sus más crueles profecías. Durante 1982, por ejemplo, al ver por televisión aquellos tristes despliegues sentimentales del timonel —ciclotimia personal que se tradujo en ciclotimia nacional— recordé el dictamen —que ahora me parece piadoso— de Cosío: “López Portillo es un hombre bueno e inteligente, pero tiene un defecto que será fatal: es débil”.

Hay algo mórbido en esta suerte de contabilidad profética, y algo también de conjetura estéril. Con el legado de Cosío Villegas prefiero intentar un balance frío, como los que él mismo solía hacer. Alguna vez, hacia 1923, inaugurando su curso de Sociología Mexicana, predicó a sus alumnos la necesidad de una “crítica severa y honrada, amarga y dolorosa” en la que el crítico corriera, a sabiendas, el riesgo de parecer “un pesimista que representase sólo lo negro, lo que absorbe y no irradia luz”. Esta es, a mi juicio, la reflexión que le habría interesado a Cosío: no el inventario de sus aciertos proféticos —en los que, por lo demás, anheló siempre equivocarse— sino un recuento crítico de lo que, a siete años de su muerte, sobrevive de sus instituciones e ideas.

La parte más viva de su legado está en las instituciones que formó y, más claramente, en las personas que siguieron su concepto de empresa cultural. Muchos —entre otros el propio Cosío— creímos que luego de la desamministración del Fondo de Cultura Económica entre 1970 y 1976 la institución engrosaría el vasto panteón de los fideicomisos estatales. Por fortuna, el Fondo se salvó gracias a su propio fondo editorial y a la prudencia y pulcritud —intelectual, administrativa, moral— de José Luis Martínez y Jaime García Terrés. Llevará tiempo lograr que el Fondo recobre la influencia y vitalidad que tuvo en los años 40 y 50, pero la vuelta a su origen humanístico ha

sido el primer paso.

Con El Colegio de México ocurre algo menos claro. Desde hace años —y en esto el propio Cosío tuvo cierta responsabilidad— dejó de ser el hogar de las humanidades. Las grandes corrientes del pensamiento occidental no pasan ya por el rumbo del Ajusco. Hay signos de burocratización, alharaca política y aislamiento intelectual. Pero son sólo signos. Comparado con otras instituciones, El Colegio conserva aún suficientes elementos de vocación e independencia para encontrarse, para renovarse. El camino parte, como siempre, del origen. Allí es donde hay que buscar la razón profunda de la institución: la vida intelectual —lúdica, profesional, curiosa, monacal, imaginativa— como un fin en sí mismo. De esa misma fuente se nutre una institución ejemplar: El Colegio de Michoacán.

Con todo, pienso que Cosío hubiera desaprobado la situación actual de sus instituciones, el tono defensivo que han adoptado. Lo que quiso fue una multiplicación creadora de nuevas fundaciones, no la resistencia estoica de las que él —en otro momento y para otras necesidades— construyó.

Por fuera de las fundaciones editoriales y académicas, en libros de la historia, en ensayos y notas, en artículos periodísticos, polémicas y conferencias, Cosío predicó una imagen personal de México y su pasado, una vasta teoría mexicana, más sutil y profunda de lo que se suele admitir. Aunque vindicó el nacionalismo cultural y el ideal de justicia económica de la Revolución, en el fondo su Arcadia fue siempre la República Restaurada y aquella otra frustrada restauración republicana que fue el maderismo. Todo el pensamiento democrático de Cosío Villegas cabe en esta descripción que hizo de la bandera maderista en 1952:

“Era la reivindicación de la libertad individual para determinar la vida pública del país; era la

reivindicación del individuo contra el poder opresor del Estado; de la ley ante la fuerza; del gobierno de instituciones contra el gobierno personal y tiránico; era el reconocimiento del viejo apotegma bíblico de que no sólo de pan vive el hombre, de que la satisfacción y el gusto del hombre proceden tanto del progreso material como de sentirse libre, incluso para resolver si quiere ese progreso y en dónde, cómo y cuándo”.

No le habría extrañado que los políticos mexicanos ignoren, se aparten o se opongan a estas reivindicaciones. Cosío no trabajó para cambiar a los políticos sino a la vida pública, y para ello sí trató de crear una escuela, de influir en los usos de la prensa, las instituciones de educación superior y los intelectuales. Pero si despertase ahora vería un espectáculo paradójico: quien defiende aquellas banderas —fuera de algunas islas intelectuales— es un sector del nuevo régimen; quien las ataca con fervor inquisitorial en la prensa, los medios culturales de comunicación y las aulas universitarias es un segmento influyente de la intelectualidad mexicana, donde predomina la generación del 68: libertaria entonces, estatólata quince años después.

Casi es posible perfilar a este segmento dominante por oposición a la bandera democrática de Cosío Villegas: desprecian la libertad individual, confunden la libertad política con la libertad económica, divinizan con devoción hegeliana al Estado —en cuyas nóminas cobran con puntualidad kantiana—, se pitorrean de las leyes, aplauden los despliegues de fuerza, personales y tiránicos, del poder, y consideran que el saqueo, la ineptitud, la dilapidación, la corrupción y la ruina del país son, a fin de cuentas, accidentes, minucias, lubricantes en nuestra marcha hacia un progreso

que ellos mismos —detentadores únicos de la revelación histórica y moral— confusamente decretan sin consultar, por supuesto, a las ciegas mayorías de la sociedad civil. En la medida en que este evangelio totalitario es dominante, el legado ideológico de Cosío Villegas se desvanece.

Pero algo revive en su huella cuando sus ideas y actitudes se confrontan con el dogmatismo actual. En circunstancias más estrictas que las nuestras, luego de una larga, dolorosa y reveladora guerra civil que costó algo más valioso que 80 mil millones de dólares —un millón de vidas— la generación de Cosío Villegas fundó escuelas, hospitales, cátedras, instituciones de crédito, editoriales, leyes, sindicatos, partidos, sin otro resorte profundo que la voluntad alegre y responsable de “hacer algo por México” (México como sinónimo de sociedad no de Estado). No los impulsó la voluntad de poder sino la de poder servir. Tolerancia, libertad, pluralismo, justicia, objetividad, honradez, claridad, eficacia, democracia, fueron palabras que —como casi todos sus compañeros— Cosío Villegas practicó y predicó con generosa perseverancia.

Sesenta años después nuestros ideólogos no pueden pronunciar esas palabras sin anteponerles la partícula “supuesta” o sin entrecollarlas. Y es que hay una oposición definitiva entre su temple autoritario y el de los mejores hombres que, por fortuna, ha dado el país. Estos, aún en sus momentos de mayor amargura, buscaron siempre una salida propia para los problemas mexicanos: la expresión de la sociedad. En cambio a nuestros inquisidores en la gestión pública y la tribuna, los ha movido desde el principio una vocación opuesta: la imposición sobre la sociedad.

La clave de nuestra salvación histórica —no es exagerado hablar en estos términos— puede depender del legado generacional que, más allá de toda ambigüedad en lo externo y lo interno, elijamos: la democracia sin supuestos ni comillas, o las infinitas estribaciones del resentimiento, que es “lo negro, lo que absorbe y no irradia luz”.